

# Der Bund

Con la nueva producción «Mosaico», la compañía Flamencos en route muestra un impresionante arte de danza.

Por Marianne Mühlemann, 22 de diciembre de 2017



*Arquitecturas corporales e imágenes de movimiento llenas de frescura: Flamencos en route*  
Foto: Alex Spichale

La sorpresa es perfecta. En la Dampfzentrale nadie hubiera esperado un primer compás con el «Boléro» de Maurice Ravel. Mucho menos así, con la filigrana de un arreglo musical de cámara.

En vez de un tambor, como en la versión original para gran orquesta, es aquí un piano el encargado de marcar un rítmico ostinato, que va desarrollando a través de una persistente repetición –unas 160 veces– su mágico redoble. Y en lugar de instrumentos de viento y de cuerda siempre nuevos, que en la versión para orquesta van aumentando el caudal de sonidos hasta convertirlo en una poderosa corriente, aquí los músicos de cuerda y de viento se van alternando para revelar la silenciosa magia de colores sonoros.

**Todo respira, se pone al rojo vivo, arde**

Con todo, la reinterpretación funciona. La música de Ravel (en la versión de Chaarts, el joven colectivo musical de Argovia) marca el latido en que hacen concordar sus movimientos los nueve bailarines y bailarinas de Flamencos en route. Desde el off, el ritmo se va imponiendo con suma delicadeza de los instrumentos corporales: pies, brazos, manos, dedos. Allí es la

planta de un pie que se desliza, más allá un tacón que golpea, aquí un cuerpo que se enrosca en la oscuridad, una pirueta múltiple, precisa y afilada como la hoja de una cuchilla. Una y otra vez se atasca el flujo de movimientos, crece de nuevo, cambia de tensión y de dirección en el espacio. Una y otra vez, hasta que por fin todo respira, se pone al rojo vivo, arde, en este laboratorio fascinante, en el cual la forma musical se convierte con toda naturalidad en electrizante energía de movimiento –y la persona danzante en expresión elocuente.

### **Nueva fase extraordinaria**

Elegancia, virtuosismo, expresión, silencio, todo ello se halla aquí, en esta partitura de música-danza que desemboca en el ferviente «Canto amor» de la pluma del antiguo compositor y pianista de la casa, Antonio Robledo. El colorido español lo ponen los guitarristas Juan Gómez y Pascual de Lorca, así como el percusionista Karo Sampela. Y, como es natural, el cantaor Vicente Gelo con su agrídulce voz, tan delicada y masculina a la par.

«Mosaico» se llama la producción, y así lo refleja el programa. El público se convierte en testigo de una nueva fase artística extraordinaria de Flamencos en route, en la cual, son las rupturas las que nos proporcionan momentos de tensión que quitan el aliento. Por ejemplo, cuando la cantante y bailarina Karima Nayt lanza su celestial cántico de ansiedad boca abajo, desde los hombros de un bailarín; o bien cuando los bailarines-músicos marcan sobre el suelo crujientes ritmos, al redoble de sus bastones, y hacen creer que se trata de esqueletos que tablean desde el mundo subterráneo. Las imágenes surgen por sí mismas. Se integran en un todo atmosférico que al final resulta ser mucho más que la suma de sus componentes.

Hablar aquí de flamenco a secas es quedarse corto. Brigitta Luisa Merki, la directora artística de Flamencos en route, se maneja muy bien, gracias a sus conocimientos experimentales contrastados durante décadas, para colocar como intérpretes a bailarinas y bailarines de gran calidad que, mediante la técnica del flamenco, logran encontrar nuevas formas de expresión acordes con los tiempos. Funcionan, como muestra «Mosaico», de manera impresionante y a la perfección entre estilos diversos.

### **Vitalidad y poesía**

Esto es flamenco para avanzados. De los clichés corrientes, hace tiempo que este arte de danza se ha liberado ya. El hecho de que Merki disponga –gracias a la labor tenaz de su tropa, que trabaja en plena libertad– de una plataforma para formar jóvenes coreógrafos, constituye un valor añadido no despreciable en una época en que proliferan los recortes en el sector cultural.

El encuentro con el joven coreógrafo invitado David Coria en la segunda parte de «Mosaico» es una revelación. Entre cubos apilables desplazables y valiéndose de atrezos sencillos pero de gran eficacia, como una pila de agua a modo de pozo, donde los bailarines se reúnen, beben y refrescan, Coria crea arquitecturas corporales e imágenes de movimiento llenas de vitalidad y poesía.